

La Vida de Sigmar



Una Colección de Cuentos sobre el
Dios-Guerrero y Fundador de nuestro Glorioso Imperio,
Sigmar Heldenhammer

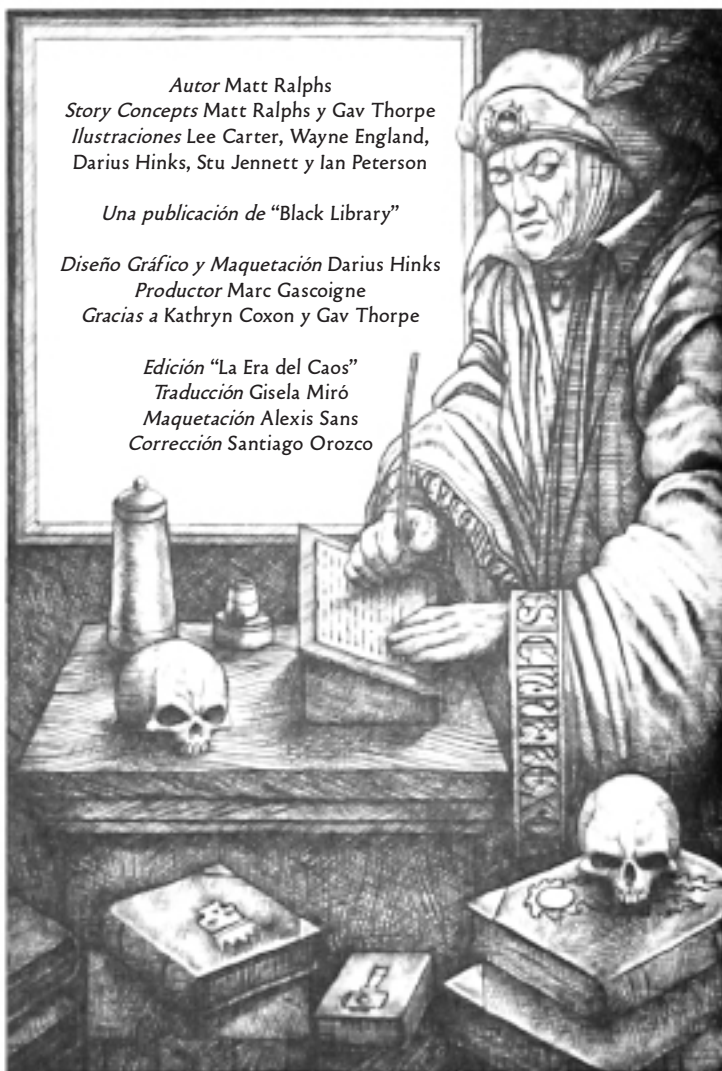
Imprenta de Altdorf 2520
Impreso con la Bendición del Emperador

Autor Matt Ralphs
Story Concepts Matt Ralphs y Gav Thorpe
Ilustraciones Lee Carter, Wayne England,
Darius Hinks, Stu Jennett y Ian Peterson

Una publicación de "Black Library"

Diseño Gráfico y Maquetación Darius Hinks
Productor Marc Gascoigne
Gracias a Kathryn Coxon y Gav Thorpe

Edición "La Era del Caos"
Traducción Gisela Miró
Maquetación Alexis Sans
Corrección Santiago Orozco





El Nacimiento de Sigmar

La Vida de Sigmar

Paso del Fuego Negro

El Regalo

Nagash y Sigmar

Sharanorah

Sigmar el Rey

**Nuestras Tierras en
Tiempos de Sigmar**

This map illustrates the territories of several tribes in the region of the Forest of Shadows. The central feature is the 'FOREST OF SHADOWS', a large, dense wooded area. To its west is the 'JUTONES' territory. To its east, separated by a 'NORTH ROAD' and a 'WEST ROAD', are the 'THURINGIANS' and 'TEUTOCENS'. Further east, a mountain range is depicted with the label 'THE GREAT FOREST'. To the south of the Forest of Shadows are the 'ENDALS' and 'UNBEROCENS'. In the bottom left corner, a mountain range is labeled 'BRETONII'. The map uses various textures and symbols to represent different types of terrain, such as forests, roads, and mountains.

BRETONII

ENDALS

UNBEROGENS

JUTONES

THURINGIAN

TEUTOGENS

FOREST OF

THE G
FOR

EST. 1900

CH

NORTH ACAD.

NORTH ACAD.

NORTH ACAD.



Introducción del Editor

En 2231, empezaron unas excavaciones en la Königsplatz, en Altdorf, para construir un nuevo santuario dedicado a nuestro Dios patrón, Sigmar. Al cavar profundos huecos para los cimientos –ya que con tales, las construcciones de los hombres aguantan para siempre- descubrieron una antigua cámara funeraria sobre la cual se había construido nuestra gran ciudad. Apiladas alrededor de una tumba, había exquisitas armaduras de bronce, cascos incrustados con joyas y moldeados con la forma de cara de lobo, escudos de madera con refuerzos de hierro, y espadas cortas que aún conservaban el filo.

Era un atisbo del misterioso pasado de nuestra raza, cuando los hombres vivían en tribus esparcidas y cosas salvajes paseaban libres por las tierras. Era una época de matanza, oscuridad y miedo. Muchos eruditos han clasificado a los ciudadanos de esta época como bárbaros, apenas mejores que los brutales clanes que habitan las frías llanuras del norte hoy en día.

Pero la cámara funeraria reveló que también se trataba de una época en la que los hombres estaban aprendiendo la artesanía y la metalurgia, un tiempo en que los rituales y adoraciones eran tanto una parte de la vida cotidiana como lo son hoy. El descubrimiento nos acercó a nuestros antiguos ancestros, y con ellos trajeron a nuestro dios patrón Sigmar Heldenhammer, pues Él vivió entre ellos.

Desde el descubrimiento del túmulo funerario ha habido una racha de interés en los círculos académicos sobre la historia de este periodo, que fue hace más de dos mil años, y como resultado, nuevas evidencias han sido descubiertas. Con cada pizca de conocimiento que se recopila, podemos conocer a Sigmar un poco más: lo que Él vestía, cómo luchaba, cómo trataba a Su gente. Él fue un hombre antes de convertirse en un dios, por lo que es lógico que debiéramos conocerle como Él era, antes de unirse al panteón de los dioses.

Este volumen no sólo recoge algunos de los cuentos de Sigmar – conseguidos de muchas fuentes diferentes – sino que también trae a la vida aquellos oscuros días, cuando el primer resplandor de luz estaba empezando a brillar en el horizonte de la historia de la humanidad. Orgullosos presentamos este tomo para el disfrute y mejora de cada ciudadano de nuestro glorioso Imperio, el cual fue forjado con acero y fuerza por Sigmar.

Lee estos cuentos y revive tiempos ya pasados. Revive la Vida de Sigmar.

El Guerrero y la Tierra

En el cual los lobos, señores de lo salvaje, intentan asolar los dominios del hombre, pero son frustrados por un gran guerrero que para siempre vela por nosotros.

En una época hace largo tiempo, cuando la tierra era más salvaje de lo que es hoy y nuestro Imperio no era nada excepto el sueño de un hombre sabio, un lobo inclinó la cabeza hacia atrás y de su salvaje garganta soltó un aullido que estremeció los corazones de todos los que lo oyeron. El grito hizo eco entre los árboles, a través de valles y sobre colinas y arbustos; las estrellas temblaron y el aire tiritó. Los hombres susurraron plegarias a sus viejos dioses, pero los viejos dioses no escucharon, y los lobos se acercaron, y corriendo con ellos estaba la muerte.

El lobo trotó hasta el borde de la colina y observó la tierra. Sus congéneres merodeaban cerca, lenguas rosadas colgando de detrás de dientes, babeando, y su aliento transformándose en vaho en el aire nocturno. En un claro de bosque más abajo vieron un grupo de chozas de paja y adobe acurrucadas juntas, como buscando calor. Salía humo de los agujeros en la paja y una luz tenue emanaba de las rudas ventanas y puertas. Las cabras balaban, estirando de sus ataduras y los cerdos resollaban, sus pelos erizándose. Olían

el peligro y estaban asustados. Un bebé empezó a llorar.

Cuando las nubes se fueron, la luz de las dos lunas fue liberada para abatirse sobre la colina. El maligno brillo de Morrslieb – el más maldito de los cuerpos celestiales – se reflejaba amarillo en los ojos de los lobos.



(i)



Estos depredadores estaban hambrientos y el olor a presa hizo que sus fuertes fauces se mostraran amenazadoras.

Con un ladrido indicó a sus congéneres que lo siguieran. Hacia la temblorosa aldea se lanzó, la cola arriba y las orejas hacia atrás. La sangre fluía rápida por sus venas, gotas de sudor eran rociadas por sus flancos como niebla gris bajo la luz de la luna y baba colgaba de su boca. Sus congéneres ladraron y cerraron las mandíbulas sonoramente, ya que el olor a carne fresca se sentía cálido en sus hocicos. Su paso se aceleró y el aire se llenó de rápidas pisadas al rodear un corte de árboles. Ante ellos, la aldea descansaba desnuda, y entonces los invasores se detuvieron en seco en su camino.

Un hombre se encontraba en medio del camino delante de ellos. Era alto – más alto que la mayoría de su clase – y de hombros anchos. Sujetaba un martillo de guerra de mango largo y llevaba un pellejo de lobo sobre su espalda. Iba vestido con una desgastada armadura de bronce y su pelo estaba desordenado. Parecía tan sólido e inmóvil como una montaña, tan eterno como la tierra y fuerte más allá de los límites de la carne mortal. Su cara estaba oculta detrás de un casco de hierro, el visor del cual había sido moldeado como la cabeza de un jabalí salvaje y a través de él, sus ojos brillaban intensamente en la oscuridad.

El jefe lobo trotó nerviosamente de lado a lado, olfateando y gruñendo. Ladró lastimosamente con la cabeza gacha. Detrás de él sus congéneres gimieron y huyeron hacia la noche. El macho dio marcha atrás y con un último vistazo dio la vuelta y corrió tras ellos.

Un viento fresco sopló, haciendo susurrar las hojas, que parecieron suspirar con alivio. En la aldea, los aldeanos se durmieron, los animales se tranquilizaron y el bebé se calló.

El guerrero subió la colina y mientras sus ojos recorrían la tierra, cayó el silencio. Las tierras de los hombres estaban a salvo, pues esa noche Sigmar velaba por ellos.



(iii)

El Nacimiento de Sigmar

En el que la cabeza del bebé Sigmar fue mojada con la sangre de muchos orcos y un cometa de doble cola fue visto en los cielos.

Ocurrió que el Rey Björn, caudillo de la tribu Unberogen, siendo un hombre de considerable virilidad y pasión, concibió un niño con su atractiva mujer Griselda, poco después de haberse unido en matrimonio. Mientras la gente rezaba y hacía sacrificios a los dioses para que les nacieran descendientes saludables, el vientre de Griselda crecía redondo con una nueva vida. A menudo caminaba por la aldea y hablaba con sus súbditos – ya que era una mujer compasiva y muy querida – y agradecía las bendiciones que colmaban sobre ella, fueran regalos de comida o ropa, o sólo una amable palabra y una promesa de ofrecer una plegaria a la piadosa Shallya.

El Rey Björn ordenaba realizar banquetes en honor a su mujer y futuro hijo y había mucha fiesta, pero era escrupuloso en sus tratos con los dioses, ofreciendo sacrificios en sus altares. Toda la gente era consciente de que un niño era esencial para asegurar la continuación

del linaje de su Rey; un hombre que no podía producir descendencia se consideraba débil y no apto para ser jefe.

Pasaron semanas y el entusiasmo crecía. Los ancianos de la aldea se reunieron para discutir finalmente los signos y presagios que habían presenciado.

‘El día del Solsticio de Verano’, dijo uno, ‘oí al gallo cacarear tres veces mientras el sol se ponía por el horizonte y llovió antes del mediodía’. Esto conllevó asentimientos de aprobación con la cabeza, pues ése era un buen signo.

‘Ayer por la mañana’, dijo otro, ‘vi un cuervo posarse sobre una rama, brincar de una pata a la otra, y entonces volar hacia el este. Es un buen presagio’. Todos los reunidos estuvieron de acuerdo con esto. ‘Ciertamente’, dijo otro. ‘Yo mismo vi, el primer día de este mes, a un cuco empujar un huevo de un nido y mirar cómo caía al suelo. Pero no se rompió y cuando fui allí al día siguiente, el polluelo había roto el cascarón y ya no estaba’.



(Grabado 1)

Esto produjo exclamaciones de sorpresa, porque era un signo espléndido. Aún otro hombre dijo: 'En la noche de la bendita concepción, cuando la vitalidad de nuestro jefe se levantó y la feminidad de su mujer alcanzó el clímax, vi no menos de tres estrellas cruzar el cielo nocturno por encima de su casa'.

Si alguno de los allí reunidos se preguntaron qué hacía este hombre cerca del dormitorio del jefe a esas horas de la noche, nadie lo formuló en voz alta.

Otro hombre dio un paso hacia delante y los demás gruñeron, pues era conocido no sólo por su garrulería y encomiosa forma de hablar, sino también por su hábito de embellecer la verdad con fantasía. Era una opinión general que el Rey Björn sólo lo mantenía en su consejo porque sus largas historias y grandilocuente oratoria le divertían mucho.

'Hace dos días', dijo, 'estaba caminando por el bosque cuando empezó a llover. Pero llovió del suelo hacia arriba y los pájaros volaban por encima haciendo la forma de un pez, ¡pero volaban hacia atrás! Hablaron conmigo de la manera más eufónica cuando me sobrevolaban, diciendo que el niño será digno de alabanza y dirigirá a su gente hacia muchas victorias. ¿No es ésa una buena y poderosa señal?'

'Es un algo poderoso', murmuró un hombre.

Y así siguió. Todos los signos discutidos, estuvieron de acuerdo, eran buenos. Pero un hombre mantuvo su propio consejo: el Viejo Drego, el más anciano y el más sabio, sacudió su cabeza y fue a ver a Björn, pues su corazón estaba inquieto.

'Señor', dijo, 'Deseo destripar la liebre esta noche'.

'¿Esta noche, Drego?' Björn dijo, perplejo. 'Normalmente no realizamos este

ritual hasta el parto'.

'Lo sé, mi Señor, pero debo insistir'.

Björn accedió, pues confiaba en Drego por encima de todos sus consejeros.

Trajeron una liebre viva a Drego. La sujetó por el cuello y hundió un cuchillo de destripar en su tripa. Mientras el animal forcejeaba, él estrujaba y observaba atentamente cómo sus tripas se esparcían sobre la mesa. Apartó a un lado la liebre y escudriñó las calientes vísceras.

'Bien, ¿qué ves, anciano?' dijo Björn.

Drego palideció y habló en susurros. 'Los signos son muy suculentos. Mi Señor, cuando tu mujer esté de parto, tanto ella como el bebé morirán seguro. Debemos partir de inmediato y adentrarnos en los neblinosos pantanos del Brackenwalsch y buscar a la Anciana Madre. Sólo ella tiene el conocimiento necesario para salvarlos'.

Björn estaba de lo más confuso e hizo lo que Drego había dicho. Partieron esa misma noche, con Griselda tumbada en un carro cubierto y Drego sentado a su lado. Alrededor del carro iba la guardia montada del jefe, comprendida por una docena de hombres.



Cuando llegaron a las ciénagas del Brackenwalsch abandonaron el carro porque el suelo era demasiado pantanoso. Había muy pocos caminos seguros en el Brackenwalsch.

‘La Anciana Madre vive en medio de la ciénaga, al lado del único árbol que crece en este desolado lugar’, dijo Drego, señalando hacia el este. ‘Allí practica sus artes. Tendremos que darle regalos antes de que nos ayude’.

‘Puede tener todo lo que poseo, para salvar a mi doncella e hijo’, dijo Björn. El grupo se adentró en las pérfidas tierras baldías. Griselda se subió a un pony sin murmurar una sola queja. Björn montaba a su lado y no paraba de observarla.

Normalmente, nadie se aventuraba en el Brackenwalsch, ya que era un lugar de miedo y cosas oscuras y algunos decían que Criaturas sin nombre se revolcaban en las asquerosas charcas y extraños gritos se oían por el aire. Mosquitas volaban sobre oscuros pantanos y los hombres no paraban de darse manotadas en los brazos, piernas y caras. Los caballos lo llevaban mal, pero eran de una raza robusta y aguantaban la situación sin quejarse. Hacia delante avanzaron, adentrándose en ése aterrador lugar.

Björn puso una reconfortante mano sobre el hombro de Griselda y ella es-

condió su miedo bajo una sonrisa. Se decía que los scianii habían huido allí después de la gran purga de Redmane Dragor treinta años antes. Los hombres miraban a su alrededor, alerta a cualquier movimiento o sonido.

Se hizo de noche. Bajó la temperatura. Nieblas gélidas se formaban de las ciénagas, fluyendo como espectros a través de las cañas, haciendo las ropas pesadas por la humedad.

‘Manteneos en el camino’, dijo Drego. ‘Estamos cerca del final del viaje’.

Griselda soltó un grito y se agarró el vientre. ‘Marido, nuestro bebé viene. Puedo sentirlo despertándose dentro de mí. ¡Tenemos que darnos prisa!’

Björn se bajó de su caballo y montó detrás de su esposa, tomando las riendas con una mano y rodeando su estómago con la otra.

‘Vamos, debemos ir rápidamente a la Anciana Madre’, dijo.

Galoparon a través de las ciénagas, los caballos chapoteando y tropezándose por el suelo blando, barro salpicando sus ijadas. Björn mantenía agarrada a su mujer y podía sentir su dolor y miedo como si fueran un solo cuerpo. Finalmente, los juncos a ambos lados se entresacaron. Subieron a una colina y el suelo debajo suyo se volvió firme. Arriba de la colina había un viejo y desnudo árbol, doblado como un dedo indicando que se acercaran.

los caminos llevaban al mismísimo Infierno. Al dejar atrás las verdes colinas y bosques de su tierra, el mundo a su alrededor cambió. El terreno era completamente llano, pero era imposible ver lejos en cualquier dirección. Pálidos juncos y espadañas recubrían las orillas de lodosos charcos, meciéndose en la cálida brisa. Los caminos que el grupo seguía serpenteaban a través de anchos lagos de salobre y tricioneras extensiones pantanosas. El cielo bajo era gris y opresivo.



‘Ahí está la morada de la Anciana Madre’, gritó Drego. Fue el primero en alcanzar la cima y miró alrededor. Un burdo refugio de madera y tela estaba construido al pie del tronco del árbol, pero estaba vacío. Drego vio un caldero colgando de un asador y miró dentro. Estaba vacío, excepto unas gachas con ronchas de grasa amarilla flotando en la superficie. Drego se sobresaltó cuando vio un brillante ojo azul observándole desde el



fluido. Se le hundió el corazón al percatarse de huesos masticados esparcidos por el fuego: huesos humanos. ‘Huelo orcos’, le dijo a Björn. ‘Hirvieron a la Anciana Madre en su propia cazuela, por lo que parece’.

La desesperación les inundó, haber llegado tan lejos sólo para ser defraudados al final era realmente fastidioso. Griselda gimió y el niño se movió impacientemente dentro de ella.

‘Drego’, dijo Björn. ‘Tendrás que asistir al parto del niño tú mismo’. ‘Haré lo que pueda. Atadla al árbol para ayudar al nacimiento. Colocad una capa por encima de sus hombros y encended el fuego’.

La noche llegó silenciosamente, pero la paz era interrumpida por los gritos de Griselda. Su pálido rostro estaba contraído y sus pier-

nas estaban manchadas de sangre. Drego la atendía tan bien como podía.

Un grito alertó a Björn y uno de sus guardaespaldas se acercó. ‘Señor, puedo ver movimiento en los pantanos’.

‘Muéstramelo’, ordenó Björn.

Fueron al borde de la colina y bajaron la mirada al pantano. Un gran número de oscuras formas se estaban haciendo camino a través de la niebla, acercándose hacia ellos.

‘Parecen orcos, señor’.

‘Orcos’, Björn se quejó. ‘Estas viles criaturas han sido atraídas otra vez aquí por los gritos de Griselda y el olor a sangre, malditos sean. Los dioses nos desaprueban hoy. ¿Terminará mi linaje esta noche? ¡A las armas, mis hombres, nos atacan!’

Las espadas fueron desenfundadas de sus vainas y las hachas preparadas. Algunos de los hombres dispararon flechas, pero estaba demasiado oscuro para apuntar bien. Los hombres rodearon el árbol, de cara hacia fuera. Todos estaban dispuestos a dar sus vidas por Griselda y el niño. Björn se colocó delante de su esposa, su hacha de guerra de doble hoja en ambas manos. Podían oír gruñidos y oler a excrementos y a carne putrefacta.

Una veintena de orcos surgió de la niebla desde todas partes, resoplando y rechinando los dientes. Con rugidos guturales se abalanzaron hacia delante, agitando rebañadoras y blandiendo lanzas de mano cortas. Los Unberogens se prepararon para el impacto y cuando los orcos chocaron contra ellos, se tambalearon hacia atrás, escudos en alto. Gritos de guerra mezclados con bramidos orcos y el aire se llenó con el sonido del metal chocando contra metal.

Björn luchó como un hombre poseído, teniendo en cuenta únicamente la protección de su esposa. El orco más grande, una gran bestia con colmillos ama-

rillos y una marchita mano humana colgando de cada uno de los lóbulos de las orejas, lo hacían resaltar. Rugió y su apestoso aliento hizo que a Björn le vinieran arcadas; solamente consiguió agacharse y esquivar por debajo el movimiento circular del martillo, sintiendo cómo rozaba su cabeza a un pelo de distancia.

Björn vio que el orco había perdido el equilibrio y arremetió con el puntiagudo mango de su hacha. La piel del orco rechazó el golpe pero cayó al suelo, soltando su arma. Al colocarse Björn a su lado, con el arma levantada, el orco atacó con sus garras. Éstas se clavaron profundamente en el muslo de Björn y él cayó. El dolor lo consumió y su visión se apagó.

Todo se ralentizó. Vio a sus hombres batallando a su alrededor: un pielverde aplastando el cráneo de un hombre en una ducha de sangre con sus manos, dos hombres descuartizando a un orco de piel pálida con sus espadas, su capitán de caza buscando su brazo mutilado justo antes de que un orco lo atravesase con una lanza. Y en el centro de esta confusión, su esposa, ojos abiertos de par en par por el miedo. Drego estaba tumbado boca arriba delante de ella, con los brazos por encima de su cabeza. Un orco aullante se alzaba sobre Drego. Tiró de su rebañadora de la barriga de Drego, y entonces arrancó sus intestinos. Una imagen de la liebre sacrificada le vino a Björn a la cabeza. Con su horripilante tarea hecha, el orco se giró hacia Griselda. Björn luchó por levantarse, el miedo apoderándose de su corazón, pero antes de que pudiera ir donde su esposa, oyó un gruñido.

Colmillo-amarillo se puso delante de Björn, sus ojos escarlata llenos de furia. Hombre y orco – los más odiados enemigos – se lanzaron el uno contra el otro, armas en alto. En el último momento Björn bajó su hacha y se agachó por debajo del arco

que describió el arma del orco. Desenfundó su larga daga de la vaina que llevaba en la cadera en un simple movimiento y la hundió hasta el fondo en el cuello de la criatura al pasar como un rayo. La bestia gargareó en su propia sangre, entonces cayó al suelo.

Al ver morir a su caudillo, los demás orcos huyeron, bajando por la colina, perseguidos por hombres vengativos. Björn corrió hacia su esposa. El orco que la había amenazado yacía muerto en el suelo con un cuchillo clavado en el pecho. Desplomado sobre el cadáver estaba el viejo Drego, sus delgadas manos todavía agarrando la empuñadura.

La batalla había sido ganada, pero los Unberogens habían pagado un alto precio. Drego y siete de los hombres estaban muertos. Griselda colgaba inerte de las ataduras, su pelo mojado cayendo sobre un rostro sin vida. Björn lloró, abrazando su cuerpo.

Algo a sus pies se movió, y un llanto rompió la noche. Revocado en la sangre de humano y orco había un bebé. Su cabeza estaba cubierta por una mata de grueso pelo negro y descansaba sobre la placenta.

Encima, un gran cometa arrastrando dos colas de llamas surcó el cielo, anunciando el nacimiento de Sigmar, aquél que llegó al mundo con el sonido de la batalla en sus oídos y el tacto de sangre de orco sobre su piel.

